Adiciones a Ester

Adiciones a Ester

CAPÍTULO 10

4 Entonces dijo Mardoqueo: Dios ha hecho estas cosas.
5 Porque me acuerdo del sueño que vi acerca de estas cosas, y nada ha fallado.
6 Una pequeña fuente se convirtió en un río, y hubo luz, y sol, y muchas aguas; y este río es Ester, con la cual el rey se casó y la hizo reina.
7 Y los dos dragones somos yo y Aman.
8 Y las naciones eran las que se juntaron para destruir el nombre de los judíos;
9 Y mi nación es este Israel, que clamó a Dios, y fue salvo; porque Jehová salvó a su pueblo, y nos libró Jehová de todos aquellos males, y hizo Dios señales y grandes prodigios, cuales entre los gentiles no se han hecho.
10 Por tanto, echó dos suertes: una para el pueblo de Dios, y otra para todos los gentiles.
11 Y estas dos suertes vinieron a la hora, y al tiempo, y al día del juicio delante de Dios entre todas las naciones.
12 Y se acordó Dios de su pueblo, Y justificó su heredad.
13 Y aquellos días les serán, en el mes de Adar, a los catorce y quince días del mismo mes, con congregación, con gozo y con alegría delante de Dios, por las generaciones perpetuas en su pueblo.

CAPÍTULO 11

1 En el año cuarto del reinado de Ptolomeo y Cleopatra, Dositeo, que decía ser sacerdote y levita, y Ptolomeo su hijo, trajeron esta epístola de Purim, la cual decían que era la misma, y que Lisímaco, hijo de Ptolomeo, que estaba en Jerusalén, la había interpretado.
2 En el segundo año del reinado de Artejerjes el grande, el primer día del mes de Nisán, Mardoqueo hijo de Jairo, hijo de Semei, hijo de Cisai, de la tribu de Benjamín, tuvo un sueño:
3 Este era judío, y habitaba en la ciudad de Susa, varón grande, y servidor en la corte del rey.
4 También él fue uno de los cautivos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, llevó de Jerusalén con Jeconías, rey de Judea; y este fue su sueño:
5 He aquí estruendo de tumulto, con truenos, y terremotos, y estruendo en la tierra;
6 Y he aquí dos grandes dragones salieron, dispuestos a pelear, y su grito era grande.
7 Y al clamor de ellos, todas las naciones se prepararon para la batalla, a fin de pelear contra el pueblo justo.
8 Y he aquí un día de tinieblas y de oscuridad, de tribulación y de angustia, de aflicción y de gran alboroto sobre la tierra.
9 Y toda la nación justa estaba turbada, temiendo sus propios males, y estaban a punto de perecer.
10 Entonces clamaron a Dios, y a su clamor surgió como de una pequeña fuente un gran diluvio, mucha agua.
11 Salió la luz y el sol, y los humildes fueron ensalzados, y devoraron a los gloriosos.
12 Y cuando Mardoqueo, que había visto este sueño y lo que Dios había determinado hacer, estaba despierto, tuvo este sueño en mente, y hasta la noche deseó por todos los medios saberlo.

CAPÍTULO 12

1 Y Mardoqueo descansó en el patio con Gabatha y Tharra, los dos eunucos del rey y guardianes del palacio.
2 Y oyó sus maquinaciones, y escudriñó sus propósitos, y supo que estaban a punto de echar mano al rey Artejerjes; y así lo hizo saber al rey.
3 Entonces el rey interrogó a los dos eunucos, y después que lo hubieron confesado, fueron estrangulados.
4 Y el rey hizo acta de estas cosas, y Mardoqueo también escribió sobre ellas.
5 Entonces el rey ordenó a Mardoqueo que sirviera en la corte, y por esto lo recompensó.
6 Pero Amán hijo de Amadeo agagueo, quien gozaba de gran estima ante los ojos del rey, procuraba molestar a Mardoqueo y a su pueblo, a causa de los dos eunucos del rey.

CAPÍTULO 13

1 La copia de las cartas era ésta: El gran rey Artejerjes escribe estas cosas a los príncipes y gobernadores que están bajo su mando desde la India hasta Etiopía, en ciento veintisiete provincias.
2 Después de esto, llegué a ser señor de muchas naciones y tuve dominio sobre todo el mundo, no enaltecido por la presunción de mi autoridad, sino comportándome siempre con equidad y mansedumbre, me propuse establecer continuamente a mis súbditos en una vida tranquila, y hacer mi reino pacífico y abierto al paso hasta las costas más lejanas, para renovar la paz, que es deseada por todos los hombres.
3 Ahora bien, cuando pregunté a mis consejeros cómo podría suceder esto, Aman, que sobresalía en sabiduría entre nosotros, y era aprobado por su constante buena voluntad y su firme fidelidad, y tenía el honor del segundo lugar en el reino,
4 Se nos declaró que en todas las naciones del mundo había disperso cierto pueblo malicioso, que tenía leyes contrarias a todas las naciones y continuamente despreciaba los mandamientos de los reyes, de modo que la unión de nuestros reinos, honorablemente pretendida por nosotros, no puede seguir adelante.
5 Viendo, pues, que entendemos que este pueblo solo está continuamente en oposición a todos los hombres, difiriendo en la extraña manera de sus leyes, y perjudicando a nuestro estado, obrando todo el mal que pueden para que nuestro reino no se establezca firmemente:
6 Por tanto, hemos ordenado que todos aquellos que están designados por escrito ante vosotros por Aman, quien está ordenado sobre los asuntos y está próximo a nosotros, sean todos, con sus esposas e hijos, completamente destruidos por la espada de sus enemigos, sin toda misericordia y piedad, el día catorce del duodécimo mes de Adar de este año presente.
7 Para que aquellos que en el pasado y ahora también son maliciosos, en un día vayan con violencia al sepulcro, y así de aquí en adelante hagan que nuestros asuntos se resuelvan bien y sin problemas.

8 Entonces Mardoqueo pensó en todas las obras del Señor y le dirigió su oración,
9 Diciendo: ¡Señor, Señor, Rey Todopoderoso! Porque el mundo entero está en tu poder, Y si has determinado salvar a Israel, No hay hombre que te pueda contradecir.
10 Porque tú hiciste los cielos y la tierra, y todas las maravillas que hay debajo del cielo.
11 Tú eres Señor de todas las cosas, y no hay hombre que te pueda resistir, porque eres el Señor.
12 Tú lo sabes todo, y sabes, Señor, que no fue por desprecio, ni por orgullo, ni por deseo de gloria, que no me incliné ante el orgulloso Amán.
13 Porque yo hubiera querido besar las plantas de sus pies, para salvar a Israel.
14 Pero esto hice, para no anteponer la gloria del hombre a la gloria de Dios, ni adoraré a otro fuera de ti, oh Dios, ni lo haré con soberbia.
15 Y ahora, oh Señor Dios y Rey, perdona a tu pueblo, porque sus ojos están puestos sobre nosotros para destruirnos; sí, desean destruir la herencia que ha sido tuya desde el principio.
16 No menosprecies la parte que libraste de Egipto para ti.
17 Escucha mi oración, y ten misericordia de tu heredad; Cambia nuestra tristeza en alegría, y viviremos, oh Jehová, y alabaremos tu nombre; Y no destruyas la boca de los que te alaban, oh Jehová.
18 Todo Israel clamó asimismo con gran fervor a Jehová, porque su muerte estaba delante de sus ojos.

CAPÍTULO 14

1 También la reina Ester, temiendo la muerte, recurrió al Señor,
2 Y se despojó de sus vestidos de gloria, y se vistió de ropas de angustia y de luto; y en lugar de ungüentos preciosos cubrió de ceniza y de estiércol su cabeza, y humilló en gran manera su cuerpo, y llenó de sus cabellos desgarrados todos los lugares de su alegría.
3 Y oró a Jehová Dios de Israel, diciendo: ¡Señor mío, tú solo eres nuestro Rey! ¡Socórreme, oh desolada, que no tengo ayudador fuera de ti!
4 Porque mi peligro está en mi mano.
5 Desde mi juventud he oído en la tribu de mi parentela que tú, oh Jehová, tomaste a Israel de entre todos los pueblos, y a nuestros padres de entre todos sus padres, como heredad perpetua, y que has cumplido todo lo que les prometiste.
6 Y ahora hemos pecado delante de ti; por eso nos has entregado en manos de nuestros enemigos,
7 Porque adoramos a sus dioses: Oh Señor, tú eres justo.
8 Pero no les satisface que estemos en amarga cautividad, sino que se han azotado las manos con sus ídolos,
9 Para que abroguen lo que ordenaste con tu boca, y destruyan tu heredad, y tapen la boca de los que te alaban, y apaguen la gloria de tu casa y de tu altar,
10 Y abre la boca de las naciones, Para que proclamen las alabanzas de los ídolos, Y para engrandecer al rey carnal para siempre.
11 Oh Señor, no des tu cetro a los que no son nada, ni permitas que se rían de nuestra caída, sino que vuelvan sus maquinaciones contra ellos mismos, y pon por ejemplo a aquel que comenzó esto contra nosotros.
12 Acuérdate, oh Jehová, y muéstrate en el tiempo de nuestra aflicción, Y dame confianza, oh Rey de las naciones, y Señor de todo poder.
13 Dame palabras elocuentes en mi boca delante del león; Vuelve su corazón para que aborrezca al que pelea contra nosotros, Para que perezca él y todos los que tienen su mismo ánimo.
14 Mas líbranos con tu mano, y socórreme contra mí, que estoy desolada, y que no tengo otro socorro fuera de ti.
15 Tú lo sabes todo, oh Señor; tú sabes que aborrezco la gloria de los injustos, y que abomino del lecho de los incircuncisos y de todas las naciones.
16 Tú sabes mi necesidad, porque aborrezco la señal de mi altanería que está sobre mi cabeza en los días en que me muestro, y la aborrezco como un trapo menstrual, y no la uso cuando estoy sola en privado.
17 Y que tu sierva no ha comido de la mesa de Amán, ni he estimado el banquete del rey, ni he bebido el vino de las libaciones.
18 Ni ha habido gozo para tu sierva desde el día que fui traída aquí, sino en ti, oh Señor Dios de Abraham.
19 Oh Dios poderoso sobre todo, escucha la voz de los desamparados, y líbranos de mano de los malignos, y líbrame de mi temor.

CAPÍTULO 15

1 Y al tercer día, cuando hubo terminado sus oraciones, se quitó sus vestidos de luto y se vistió con su vestidura gloriosa.
2 Y estando gloriosamente adornada, después de haber invocado a Dios, quien es el contemplador y salvador de todas las cosas, tomó consigo a dos doncellas:
3 Y sobre uno se apoyaba, como si se moviera con delicadeza;
4 Y la otra la seguía, llevando sus faldas.
5 Y ella era rubicunda en la perfección de su hermosura, y su aspecto era alegre y muy amable; pero su corazón estaba angustiado por el temor.
6 Después, habiendo pasado por todas las puertas, se presentó delante del rey, que estaba sentado en su trono real, y estaba vestido con todas sus vestiduras de majestad, todas resplandecientes de oro y piedras preciosas; y era muy terrible.
7 Entonces alzando su rostro que resplandecía de majestad, la miró con mucha fiereza; y la reina cayó al suelo, pálida y desmayada, y se inclinó sobre la cabeza de la doncella que iba delante de ella.
8 Entonces Dios cambió el espíritu del rey en apacibilidad, y con temor saltó de su trono, y la tomó en sus brazos, hasta que ella volvió en sí, y la consoló con palabras amorosas, y le dijo:
9 Ester, ¿qué te pasa? Soy tu hermano, ten ánimo.
10 No morirás, aunque nuestro mandamiento sea general: acércate.
11 Y levantó su cetro de oro y lo puso sobre su cuello,
12 Y la abrazó, y le dijo: Háblame.
13 Entonces ella le dijo: Te vi, señor mío, como un ángel de Dios, y mi corazón se turbó a causa del temor de tu majestad.
14 Porque maravilloso eres tú, Señor, y lleno de gracia está tu rostro.

15 Y mientras hablaba, cayó al suelo desmayada.
16 Entonces el rey se turbó, y todos sus siervos la consolaron.

CAPÍTULO 16

1 El gran rey Artejes a los príncipes y gobernadores de ciento veintisiete provincias desde la India hasta Etiopía, y a todos nuestros fieles súbditos, saludos.
2 Muchos, cuanto más a menudo son honrados con la gran generosidad de sus graciosos príncipes, más orgullosos se vuelven,
3 Y procurad no sólo dañar a nuestros súbditos, sino que, no pudiendo soportar la abundancia, tratad también de hacerlo contra aquellos que les hacen bien.
4 Y no sólo quitan la gratitud de entre los hombres, sino que también se enaltecen con las palabras gloriosas de personas lascivas, que nunca fueron buenas, piensan que escapan a la justicia de Dios, que todo lo ve y odia el mal.
5 Muchas veces también las buenas palabras de aquellos a quienes se les ha confiado la administración de los asuntos de sus amigos han hecho que muchos que están en autoridad sean partícipes de sangre inocente y los han envuelto en calamidades sin remedio.
6 Engañando con la falsedad y el engaño de su disposición lasciva la inocencia y la bondad de los príncipes.
7 Ahora bien, podéis ver esto, como lo hemos declarado, no tanto por las historias antiguas, sino más bien si buscáis lo que se ha hecho malvadamente últimamente a través de la conducta pestilente de aquellos que están indignamente colocados en autoridad.
8 Y debemos tener cuidado en el tiempo venidero, para que nuestro reino sea tranquilo y pacífico para todos los hombres,
9 Tanto cambiando nuestros propósitos, como juzgando siempre las cosas evidentes con un proceder más equitativo.
10 Porque Amán, macedonio, hijo de Amadata, siendo en verdad un extraño de sangre persa y muy alejado de nuestra bondad, y como un extraño recibido de nosotros,
11 Había obtenido hasta tal punto el favor que mostramos hacia todas las naciones, que fue llamado nuestro padre, y fue continuamente honrado por todas las personas posteriores al rey.
12 Pero él, no soportando su grandeza, procuró quitarnos el reino y la vida,
13 habiendo procurado con múltiples y astutas artimañas la ruina de nosotros, tanto de Mardoqueo, que nos salvó la vida y siempre nos procuraba el bien, como de la irreprensible Ester, hecha partícipe de nuestro reino con toda su nación.
14 Porque así pensó, hallándonos faltos de amigos, trasladar el reino de los persas a los macedonios.
15 Pero encontramos que los judíos, a quienes este malvado y miserable ha entregado a la destrucción total, no son malhechores, sino que viven según leyes muy justas:
16 Y que sean hijos del Dios Altísimo y Poderoso, viviente, que ordenó el reino tanto para nosotros como para nuestros progenitores de la manera más excelente.
17 Por tanto, haréis bien en no ejecutar las cartas que os envió Amán hijo de Amadata.
18 Porque el que hizo estas cosas fue colgado a las puertas de Susa con toda su familia; Dios, que todo lo gobierna, le dio pronto el castigo que merecía.
19 Por tanto, publicaréis la copia de esta carta en todos los lugares, para que los judíos puedan vivir libremente según sus propias leyes.
20 Y les ayudaréis, para que en este mismo día, a los trece días del mes duodécimo de Adar, se venguen de ellos quienes en el tiempo de su aflicción los atacarán.
21 Porque el Dios Todopoderoso les ha convertido en alegría el día en que el pueblo escogido había de perecer.
22 Así que entre vuestras fiestas solemnes la celebraréis como día solemne con todo banquete;
23 Para que ahora y en adelante haya seguridad para nosotros y los persas bien afectados; pero para aquellos que conspiran contra nosotros, un memorial de destrucción.
24 Por tanto, toda ciudad y país que no obedezca estas cosas será destruido sin piedad a fuego y a espada, y será hecho no sólo intransitable para los hombres, sino también odioso para las fieras y las aves para siempre.